


JEAN-CLÉMENT
MARTIN



LA
REVOLUCIÓN
FRANCESA

UNA NUEVA HISTORIA

CRÍTICA

JEAN-CLÉMENT MARTIN

LA REVOLUCIÓN
FRANCESA

Traducción de
Palmira Feixas

CRÍTICA
BARCELONA

Primera edición: septiembre de 2013

La revolución francesa
Jean-Clément Martin

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

Título original: *Nouvelle histoire de la Révolution française*

Fotocomposición: Víctor Igual

© Éditions Perrin, 2012

© de la traducción, Palmira Feixas, 2013

© Editorial Planeta S. A., 2013
Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
Crítica es un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.

editorial@ed-critica.es
www.ed-critica.es
www.espacioculturalyacademico.com

ISBN: 978-84-9892-593-7
Depósito legal: B. 17123-2013
2013. Impreso y encuadernado en España por Egedsa

Capítulo 1

EL TIEMPO DE LAS REVOLUCIONES

¿UNA CULTURA DE LA REVOLUCIÓN?

Sea cual sea la interpretación que adoptemos: «época de la revolución democrática» (R. Palmer), «era de las revoluciones» (E. Hobsbawm) o «época de las revoluciones en un contexto global» (D. Armitage y S. Subrahmanyan), para todos los historiadores el punto de inflexión de los siglos XVIII y XIX aparece cuando todas las revoluciones industriales, políticas y sociales se articulan y se responden, mientras cada país, en cierto modo, actúa según sus predisposiciones estructurales para componer un mundo nuevo. Asimismo, hubo un punto de inflexión en los siglos XVIII y XIX análogo a esas «revoluciones» de la Edad Media y el Renacimiento, de los siglos XIII y XIV, y XV y XVI, que ya habían cambiado el significado de las experiencias vividas. ¿El «capitalismo» es la causa o la consecuencia? La cuestión sigue abierta. La relación entre esos acontecimientos y el progresivo nacimiento del Estado moderno desde el siglo XV está más consolidada, así como su encuentro con las múltiples experimentaciones científicas y técnicas, los ecos de los viajes y la colonización, e incluso las lecciones aprendidas de las guerras europeas y las revoluciones inglesas que, en el siglo XVII, modelan ese nuevo talante.

Tras la revolución inglesa de 1640, sin que jamás haya habido ni militantes ni movimientos revolucionarios como los conocidos en los siglos XIX y XX, la «revolución» marca a toda Europa, América, Egipto e India. De hecho, la palabra se elige por su voluntad de regreso al origen, como sinónimo del rechazo a la corrupción; pero también tiene una parte negativa, ya que permite la irrupción de la violencia popular de los *levellers* ingleses y no impide el restablecimiento de la monarquía tras la dictadura de Cromwell. Los pensadores, los políticos y los artistas dudan al distinguir entre el desorden social y político que genera un caos que contradice la obra de Dios y la esperanza de una vuelta a los orígenes que reafirme las leyes divinas perdidas en las traiciones de la historia. De la condena de Hobbes a las legitimaciones de Locke, las revueltas y las revoluciones están en el corazón de los

debates, arraigados en una reflexión sobre los derechos naturales del ser humano, procedentes de la tradición cristiana. Incluso Bossuet, al que se podría clasificar de «precontrarrevolucionario», piensa que la revolución es inevitable en la historia humana, mientras que Boulainvilliers y Saint-Simon se convierten en los propagandistas de una revolución aristocrática, antes de ser considerados los precursores de la contrarrevolución. En el extremo opuesto, las utopías, como la del abad Meslier, que fallece en 1729, pueden interpretarse como un anuncio de la «revolución» de 1789. Todos esos ejemplos atestiguan el clima intelectual del momento, que las «revoluciones» de entre los años 1770 y 1790 encarnan en cierto modo, lógicamente.

El hecho de que en julio de 1789 la toma de la Bastilla se convierta en un símbolo de la revolución llevada a cabo por los franceses no atestigua tanto el éxito de los «revolucionarios», inencontrables en ese momento, sino la sorpresa de los contemporáneos de asistir a un acontecimiento improbable: el éxito de una revolución tras una serie ininterrumpida de fracasos, en la ciudad más importante de la época. De un solo golpe, la palabra «revolución» cambia definitivamente de sentido. Hasta entonces, en primer lugar designaba la rotación cíclica de los astros o bien se aplicaba a los golpes de Estado, insistiendo en la repetitividad o la nocividad del acontecimiento. La experiencia de la Gloriosa Revolución de Inglaterra en 1688 había popularizado la idea de que una revolución podía ser «universal» y «feliz», convirtiendo dicho fenómeno en un horizonte de expectativa posible. De ahí que en 1751, el marqués de Argenson, buen observador de la política del reino, estimara cierta la revolución, bajo el efecto del cambio de espíritu, de la crisis social y del paso siempre fácil de la revuelta a la revolución. Trece años más tarde, Voltaire veía, esparcidas por todas partes, «las semillas de una revolución» que daría hermosas cosas que hacer a los jóvenes.

Más allá de estos dos ejemplos, conocidos y citados a menudo, la revolución había hecho su camino de forma subterránea. Afecta tanto a la fisiología como a la psicología: Marivaux evoca «las funestas revoluciones» que afectan al corazón enamorado. Se introduce en las ciencias naturales, para dar cuenta de los cambios hallados en los fósiles, y se aplica a las grandes conmociones geológicas ligadas al volcanismo. Se insinúa a raíz de las publicaciones de Newton, que establecen leyes científicas en el mundo «natural». De paso, contamina el derecho «natural», que se aleja cada vez más del derecho divino, así como del derecho positivo de los poderes existentes. Como es lógico, transforma el registro político. Las «revoluciones de moda», de Nápoles, Tahití, Portugal e incluso Siam, que habían atraído a los eruditos y los filósofos, se vuelven obsoletas ante las convulsiones que, en la línea de la Gloriosa Revolución, plantean las cuestiones de la relación de los hombres con su gobierno. Tras los usos limitados del vocablo durante el siglo xvii, la difusión de la «revolución» se lleva a cabo en todos los órdenes del pensamiento y va acompañada por desplazamientos semánticos e invenciones me-

tafóricas que vuelven a poner en duda las categorías de comprensión del mundo. El adjetivo imprevisto «feliz», que se le une para designar una evolución inesperada, aleja el despotismo y los temores de la guerra civil, en el preciso momento en que las estructuras de los Estados están resquebrajándose en todo el mundo atlántico. En la década de 1770, pese a que el uso de la palabra «revolución» sigue siendo impreciso, prepara la opinión pública para nuevas asociaciones de ideas. La imprecisión del término arrastra todos los significados posibles y acoge las manifestaciones más disparatadas.

Desde una perspectiva más amplia, esos cambios señalan la entrada de Europa y sus colonias atlánticas en ese nuevo «régimen de historicidad», ese tiempo intermedio —*Sattelzeit*— descrito por R. Koselleck, cuando las categorías de pensamiento dan un nuevo valor al futuro, a las visiones secularizadas del mundo, y conceden autonomía a los ámbitos de actuación de los seres humanos, empezando por la esfera política. La «revolución» se convierte en el modo a través del cual las crisis, en especial una «guerra civil», se resuelven en la medida en que el Estado puede afirmarse contra las fuerzas de división internas. Esa creencia colectiva en la idea de la «revolución benéfica» permite comprender cómo se comprometerán los franceses, después de otros, y por qué la experiencia revolucionaria francesa cambia los marcos de pensamiento de sus contemporáneos y de las generaciones siguientes. Con todo, no es cierto que haya que volver a la tesis de la «revolución atlántica» u «occidental». Discutida con aspereza entre 1950 y 1960, dicha tesis trataba de explicar la oleada revolucionaria por medio de la contaminación y los vínculos entre las diferentes revoluciones. Los ejemplos citados llevan a pensar que participan de un movimiento más vasto, pero también más impreciso, de una revolución nacida de las sensibilidades, los descubrimientos científicos y la evolución económica, modulados según las circunstancias y las fuerzas presentes. Desde esta perspectiva, el éxito francés, inesperado y último en fecha en la serie inaugurada en la década de 1770, e incluso de 1760, daría sentido a ese movimiento sin verdadera estructuración. Pero son esas experiencias, raramente logradas y en su mayoría fracasadas, las que vuelven imaginable el caso francés.

Uno de los primeros ejemplos de esa corriente son los acontecimientos sobrevenidos en Córcega, donde Paoli trata de fundar un régimen inédito, en nombre del pueblo soberano, tras haber liberado la isla de la dominación de los genoveses. A partir de 1764, acude a Jean-Jacques Rousseau para que proponga instituciones políticas. La iniciativa se difunde enseguida por toda Europa, haciendo de Córcega un laboratorio de las constituciones modernas. El relato del viaje de un inglés admirador de Paoli, Boswell, refuerza el eco, antes de encontrar una resonancia dramática cuando, en 1769, el rey de Francia somete la isla, obligando a Paoli y a sus fieles a exiliarse en Inglaterra, patria de la libertad. En Inglaterra, Paoli recibe el apoyo del «partido popular» de Wilkes, que reúne en su crítica del gobierno al pueblo llano de Lon-

dres y los ricos comerciantes inquietos por la política exterior, antes de que la corte le conceda una pensión. No obstante, sigue siendo la encarnación del espíritu de libertad y cristaliza las esperanzas de todos los partidarios de dotar de una Constitución al Estado. El alboroto que nace entonces en Inglaterra alimenta el pensamiento de un publicista genovés que reside en Londres, Jean-Paul Marat, que en 1774 publica, en inglés, un panfleto titulado *Las cadenas de la esclavitud*, que denuncia el despotismo en nombre de un republicanismo inspirado en la Antigüedad y recuperado por los pensadores ingleses. La *res publica* se convierte así en el horizonte de expectativas para numerosos europeos nutridos por las reflexiones «republicanas» de los pensadores inspirados por la «primera Ilustración» de finales del siglo xvii.

REVOLUCIÓN, PACTO Y REPÚBLICA, DEL MEDITERRÁNEO A LAS AMÉRICAS

El ejemplo corso tiene el mérito, a menudo inadvertido, de mezclar dos universos políticos diferentes. Aunque las teorías del «derecho natural moderno» están en el centro de la mutación de las sensibilidades más notable del siglo xviii, no son las únicas en moldear las consciencias en profundidad: estas encuentran otras tradiciones nacidas del derecho romano, del derecho natural cristiano y del derecho feudal, que insisten en la conclusión de «pactos» entre el soberano y el pueblo contratante. En efecto, toda la Europa mediterránea —incluidas las zonas meridionales del reino de Francia—, así como las colonias portuguesas e hispánicas de América, reciben la influencia de esos sistemas de pensamiento nacidos del tomismo y de la Escuela de Salamanca, que legitiman la fundación de los Estados, hasta pensar *a contrario* las condiciones que legitiman el tiranicidio. No se trata, pues, de entelequias: la determinación de los teólogos de Salamanca —como Francisco de Vitoria— sabe imponer límites al poder de los reyes y los emperadores. Bartolomé de Las Casas se vale de esa doctrina para proteger a los indios reducidos a la esclavitud. Esa corriente tiene fuerza allí donde la Iglesia católica conserva el poder. No es el caso de la Europa del norte, que ha entrado en la modernidad política desgarrándose durante las guerras de Religión y que ha tenido que inventarse un Estado por encima de los partidos. En Córcega, Paoli también se vale del modelo «pactista» para recusar la dominación francesa de 1769, pero se basa en el republicanismo influenciado por la Gloriosa Revolución inglesa, así como por la doctrina del *Contrato social* de Rousseau, que encarnan esa mezcla de horizontes que transforman el mundo.

Los efectos se hacen sentir sobre todo en el otro extremo del mundo. En América Central y del Sur se producen choques entre la modernización y las viejas culturas. El espíritu de la época, portador de un «modernismo impaciente y utópico», provoca insurrecciones entre poblaciones apegadas a esos valores tradicionales ligados a la corriente «pactista» y al ideal tomista del

«bien común». Un republicanismo inscrito en el orden natural y basado en la conjunción de gremios constituye el horizonte de pensamiento de esas poblaciones dispersas por un vasto territorio, unidas al soberano por una pertenencia espiritual. Esos vínculos se establecen a partir de relaciones de fuerza desiguales, pero recíprocas, entre el rey y el pueblo, alejados de las gestiones de los seres y las cosas. El descontento nace del sentimiento de que ese «pacto» religioso y político entablado con el señor feudal, al que están unidas las poblaciones, es violado por la monarquía racionalizadora. El pactismo y el absolutismo comparten la misma visión pesimista del ser humano, pero el primero lleva el germen de la posibilidad del tiranicidio —que, de hecho, retoman los teóricos republicanos—, que, en ese caso, da a las poblaciones rurales la posibilidad de sublevarse de forma justificada, e incluso necesaria, en nombre del derecho natural cristiano. Como el pactismo también puede conducir a la insurrección popular, cada comunidad debe defenderse. Los habitantes de la Vendée y los esclavos de Santo Domingo encuentran argumentos en ello.

En la parte española de América, se rechazan los cambios de tipo de vida y los nuevos impuestos, que se suman a los conflictos interétnicos entre indios, españoles y criollos. Asimismo, influye la nostalgia de una edad de oro inca, combinada con el apego a la Iglesia católica, que en las sociedades coloniales a menudo constituye un recurso contra los excesos de los señores y los blancos en general. El hecho de que el rey Borbón introduzca prácticas electorales esquivando a los cuerpos intermediarios, que establecen igualdades cívicas entre individuos, supone una ruptura en las sutiles relaciones tradicionales. El pueblo cristiano está ofendido por el espíritu secularizado de la época, que suprime las misiones y prohíbe las inhumaciones en las iglesias. Para unas sociedades holísticas, basadas en una relación íntima con los antepasados, esas innovaciones resultan inaceptables. Entre 1780 y 1783, en la colonia española del Alto Perú se produce una gran rebelión encabezada por los caciques locales contrarios a las reformas de los Borbones, amalgama de revueltas fiscales y rebeliones locales. Los antagonismos locales y las rivalidades entre familias notables desempeñan un papel esencial, ya que los curas, los criollos y los mestizos se encuentran en posiciones estratégicas. Entre los personajes destacados, José Gabriel Túpac Amaru encarna las esperanzas colectivas, entre ellas la de traer las órdenes del rey para cambiar la sociedad contra los abusos, en especial de los corregidores. Capturado y ejecutado en mayo de 1781, José Gabriel Túpac Amaru es remplazado, en una segunda fase, por Julián Túpac Catari y Andrés Túpac Amaru. Esos movimientos son reprimidos en cuanto se afianza la unidad entre los criollos y los españoles, y pueden aislar a los insurgentes. ¿Acaso Túpac Amaru es el intérprete de las poblaciones mestizas que tratan de encontrar su lugar en un imperio en mutación o el portador del regreso a la grandeza inca, e incluso el precursor de las independencias o los socialismos, o tal vez el paladín de las masas indias?

En lugar de responder a estas preguntas ligadas a urgencias locales, sin duda resulta más juicioso comprender esa importantísima revuelta como el resultado de una compleja mezcla que ilustra la mutación que experimenta el mundo en ese momento. En los cercanos Andes, en 1778, se constituyen unas formaciones militares para protegerse de los amenazantes indios y remplazar al gobierno, que se revela impotente. Los llamados «vecinos» (habitantes de una comunidad) se organizan en «cabildos abiertos» (consejos municipales), se proclaman «padres de la patria» y crean unas «juntas» aceptadas por el poder central. Bajo la presión de los acontecimientos, esas juntas, que inicialmente forman parte de la vida política tradicional, tratan de legitimarse, enfrentándose al débil poder central e iniciando el proceso que conducirá a la independencia. En México, el despotismo ilustrado de los Borbones tiene consecuencias parecidas. Las reformas de 1767, que pretenden poner la Iglesia bajo el control del Estado y expulsar a los jesuitas, acarrearán revueltas populares. El enriquecimiento global y la mejora de la vida urbana favorecen la creación de una conciencia colectiva, nutrida en ese caso por una literatura religiosa sobre la Virgen de Tepeyac, «patrona universal» de la Nueva España. México se convierte en el pueblo elegido, la nueva Roma o la nueva Israel. Los criollos, inspirados por su destino anunciado de luchadores contra el Anticristo, rechazan con más fuerza aún las reformas, ya que las consideran fruto de la arrogancia de los españoles. De nuevo, las mutaciones mentales, económicas y sociales se amalgaman con las preocupaciones políticas y las rivalidades entre clanes, originando unas rupturas que la cultura global interpreta como revoluciones.

LA REVOLUCIÓN EMBLEMÁTICA, LA DE LOS ESTADOS UNIDOS DE AMÉRICA

La opinión pública francesa se inflama con la revuelta de las colonias de América, transformada enseguida en la guerra de Independencia. La guerra abierta entre los colonos y el rey de Inglaterra comienza tras diez años de conflictos. El rey limita la expansión hacia el oeste, protege a los indios de los colonos e impone tasas que los colonos no han votado. Los primeros incidentes, que acaban con la muerte de un hombre, tienen lugar en 1770, pero el acontecimiento determinante es la famoso *tea-party* de Boston, en 1773, durante la cual los rebeldes echan fardos de té al mar para protestar contra el monopolio de la Compañía de las Indias. Todavía habrá que esperar dos años hasta que los colonos que han entrado en la ilegalidad teoricien acerca de la guerra en la que se han implicado de hecho, y a 1776 hasta que declaren la independencia de los Estados Unidos de América y se doten de las primeras Constituciones. Los insurgentes sufren más la ruptura con Inglaterra de lo que la exigen, ya que no cesan de reclamar que se respeten sus derechos en el seno del imperio. Esas colonias gozan de prácticas de democracia local

inusuales en la época, mucho más avanzadas que en los países europeos, pese a que al comienzo sus reivindicaciones están abanderadas por pequeños grupos que enseguida recurren a la violencia. Las reacciones inglesas provocan un debate y una adhesión progresiva, aunque jamás automática, a los movimientos reivindicativos. En 1774, el descontento origina unas asambleas locales, que en octubre de 1774 desembocan en un congreso de las colonias. Compuesto por realistas, radicales y moderados, el Congreso se radicaliza ante el inmovilismo inglés y el inmovilismo popular.

El Estado desaparece mientras el Congreso, ilegal, crea jurisdicciones locales, un servicio postal duplica el servicio oficial, se organizan comités de correspondencia y operaciones militantes en las que se distinguen las mujeres. Se llevan a cabo acciones colectivas para boicotear los productos ingleses, empezando por el té. Los insurgentes, que rechazan el lujo y la corrupción, se reúnen en casa de los pastores y controlan los actos individuales. Así, la violencia política, del todo real, se articula con la Biblia en un gran alarde de empirismo. Al final, la sociedad americana queda dividida, ya que entre el 15 y el 20% de la gente sigue siendo realista, mientras que se abandona a los indios a su suerte en el momento del tratado de 1783, sumándose a los «olvidados» de la Revolución Americana, es decir, las mujeres, los negros y los pobres. A pesar de que la revolución está dirigida por una élite de propietarios y el pueblo no tiene legitimidad como tal, se impone la idea de que el poder ya no puede ser detentado por una oligarquía irremplazable. El paso de la protesta por los impuestos, que se consideran excesivos, a una guerra que instituye un cambio de sociedad es posible por los marcos de pensamiento inspirados en el republicanismo del ambiente, pero también por los efectos de la violencia recíproca que radicaliza las posturas. Esa coincidencia no se produce en las otras colonias inglesas, empezando por Canadá, donde la población, incluso de origen francés y católico, no se alía con los ejércitos «insurgentes». No es solo la causa de la libertad la que anima a los americanos contra los ingleses, sino un conjunto más complejo de intereses y ocasiones que crea una situación de revuelta y finalmente de revolución. No obstante, el mito que se forja de la Revolución Americana, ocultando la violencia compartida y las iniciativas populares que se escapan al control de las élites, desempeña un gran papel, al llegar en el momento justo a un universo cultural receptivo.

A partir de 1778, la causa americana se convierte en un asunto diplomático europeo. En esa fecha se firma un tratado de alianza con Francia, que manda tropas para apoyar a los «insurgentes». Estos también reciben el apoyo de los «patriotas» de los Países Bajos, que obligan al *stathouder* a no apoyar a los ingleses en la guerra y dan un gran eco a la Revolución Americana. En 1783, la victoria de los «insurgentes» resulta definitiva; vencen a los ingleses y, con ellos, a los americanos realistas, cuyos esclavos negros se han unido a su causa. Esos conflictos implican a toda la población, incluidas

las mujeres, que, no obstante, son arrinconadas por las élites políticas. Por otra parte, se expulsa y se saquea a los «realistas» antes de que se negocie una reconciliación. La guerra afecta a los grupos que desean permanecer al margen, mientras los indios y los canadienses favorables a la corona inglesa también son víctimas de la expansión militar. Desde luego, la Revolución Americana no está marcada por ejecuciones por razones políticas, ni es una revolución «suave», como recoge la historiografía. La violencia de los combates sorprende especialmente a los soldados franceses presentes. Según ciertos historiadores, incluso constituye un modelo de «la cara oscura de las democracias» al suprimir a sus adversarios, como George Washington y Thomas Jefferson dando la orden de arrasar los territorios indios y exterminar a su población. Por otra parte, la Revolución Americana tampoco es la matriz de las conciencias políticas revolucionarias, ya que solo un tercio de los franceses alistados en la guerra de Independencia se suman a continuación a la causa revolucionaria, otro tercio engrosa la contrarrevolución y el resto sigue poco implicado en la política. Sin embargo, la conciencia de la crisis que ilustra el ejemplo americano está generalizada en el mundo.

Entretanto, las divisiones internas en el seno de los insurgentes no cesan, y la inestabilidad de la Revolución Americana se prolonga hasta 1787, fecha en la que todos los Estados ratifican la Constitución y Washington es nombrado presidente de la nueva república. La estabilización es fruto de las relaciones de fuerza entre los Estados y los partidos, federalistas y antifederalistas, estos últimos contrarios a un Estado central fuerte. La Constitución insta un Estado republicano y centralizado, que controla los ejércitos y los impuestos, que desconfía del populacho y que está en la retaguardia en numerosos puntos de las Constituciones de ciertos Estados e incluso de la Constitución de 1781, a todas luces demasiado vaga en su definición de una democracia mal delimitada. La Revolución Americana siembra un gran descontento, hasta tal punto que en 1786 hay que reprimir una rebelión de soldados y pequeños granjeros decepcionados con el nuevo Estado y, más tarde, en 1794, la «revuelta del whisky» y el rechazo de una parte de los granjeros de Pensilvania a pagar los impuestos, cosa que lleva a Washington a ponerse a la cabeza de un ejército de quince mil hombres y reforzar el poder central.

La diferencia entre la Revolución Americana y la Revolución Francesa es clara, especialmente en la duración del proceso, la ausencia de un debate público colectivo sobre los grandes principios y el continuo dominio del movimiento por parte de las élites estadounidenses. Pese a ciertos episodios marcados por un vacío jurídico o una competencia de los poderes, a los que habrá que regresar para comprender mejor la situación francesa, la Revolución Americana no origina un entusiasmo popular incontrolado, ni reivindicaciones espontáneas ligadas a antiguas esperanzas. Los dirigentes limitan a propósito los ecos de las discusiones y continúan manejando con prudencia, e incluso sin demasiada perspectiva, las fuerzas sociales que emplean para su

causa. Les ha instruido a la perfección el primer presidente, George Washington, un hombre de orden, rico plantador de vida aristocrática y héroe de la guerra de los Siete Años, durante la cual se distingue por la ejecución de un oficial francés. Asimismo, aprenden de su sucesor, Thomas Jefferson, otro rico terrateniente, esclavista, pero sin duda más demócrata y seguramente más visionario, que durante largo tiempo parece un jacobino en su país. A través de esos dos hombres se puede medir la prodigiosa diferencia, que roza el malentendido, que existe de entrada entre un movimiento de liberación de ricos colonos, victorioso, ya que utiliza con habilidad el descontento popular contra el poder de la metrópolis colonizadora, y las sucesivas insurrecciones que se desarrollan durante la Revolución Francesa. Más que la oposición entre dos revoluciones, una «suave» y otra «violenta», lo que diferencia a los Estados Unidos de Francia es que la Revolución Americana se inscribe en la continuidad de las «revoluciones» de la Ilustración, que arreglan los problemas internos de las naciones y las tensiones sociales entre los «órdenes» o las comunidades de ciudadanos, mientras que la Revolución Francesa, tras desarrollarse de ese modo hasta 1789, da un vuelco y se convierte en otro tipo de «revolución», inédita hasta entonces. En este último tipo de revolución, las fuerzas populares cuentan tanto como las élites y exigen una solución política que no sea la instauración de un régimen de notables.

Sin embargo, la Revolución Americana no se puede considerar una pura revolución política, ya que las dimensiones sociales influyen sobremedida, pese a que sus efectos son limitados. Jefferson, «jacobino» y esclavista a la vez, no es un ejemplo anecdótico o marginal; da fe de esa empresa que jamás se rinde a los movimientos «populares», que «hacen» la Revolución Americana sin poder intervenir en los debates. La revolución resulta de oposiciones coyunturales nacidas en un espacio cultural «atlántico», que incluye toda Europa y toda América, incluso la latina y la central. Su eco se debe a la ruptura con Inglaterra, el país de la Gloriosa Revolución, una potencia colonial y marítima de primer orden. Entre 1770 y 1789, no se puede comparar lo que sucede a una orilla y otra del océano; todas las «revoluciones» se engranan en el mismo modelo. Desde 1770 hasta 1789, la historia americana y la francesa, salvando las distancias, son parecidas y siguen el mismo curso. Queda por comprender por qué Francia, después de 1789, entra en una vía absolutamente inédita.

REPERCUSIONES E INFLUENCIAS, LA REVOLUCIÓN ATLÁNTICA

La insurrección americana crea una corriente de pensamiento encarnada por los «patriotas», que ven en ese acontecimiento un «alba de la humanidad». Entre los «radicales» ingleses que se inspiran en dicha corriente, Thomas Paine, posteriormente diputado de la Convención en Francia, concluye

en 1776 que «esta época pone a prueba el alma de los hombres». En los años siguientes, los Estados Unidos se convierten en una tierra de acogida de una parte de esos «patriotas», hostiles a la monarquía inglesa y partidarios de la Revolución Francesa, al menos hasta 1792, así como de franceses deseosos de escapar de la guillotina. En Francia, la guerra de Independencia es objeto de enardecidos debates políticos entre reformadores, y la oportunidad de promoción para jóvenes ambiciosos, como La Fayette, pero tanto el rey como la reina, esta manifiestamente recelosa de los insurgentes, la conciben como un medio para debilitar la potencia de Inglaterra. En 1776, el ministro Vergennes empieza a apoyar a los patriotas, en especial a través de publicaciones, como el periódico *Los asuntos de Inglaterra y de América*, destinado a orientar la opinión pública. La ayuda que aporta el reino de Luis XVI a los insurgentes se debe a la diplomacia entre Estados, ya que Francia aprovecha la ocasión de oponerse a su rival inglés, minimizando el distanciamiento ideológico entre el régimen monárquico y la república naciente. Con todo, numerosas discordancias perturban la alianza entre Francia y los Estados Unidos, empezando por la fuerza de los lazos privilegiados entre los Estados Unidos e Inglaterra, que se pone de manifiesto en el momento de la firma de la paz negociada al margen de Francia. Las consecuencias en la historia interior francesa son importantes. La guerra resulta cara, más de mil millones de libras, lo que ahonda el déficit del Tesoro real hasta tal punto que enseguida se revela insoluble. El financiamiento no va acompañado por un aumento de los impuestos, sino asegurado por préstamos, aplazando el problema varios años.

Los debates políticos en torno a las Constituciones que tienen lugar en la otra orilla del Atlántico llegan a Francia y dan argumentos a las críticas a la monarquía absolutista que abundan en los círculos de los fisiócratas y los filósofos. Aunque la cultura constitucional aplicada posteriormente por una parte de las élites francesas se adquiera en ese momento, no se puede establecer ninguna influencia directa; América es un espejo en el que se proyectan las esperanzas de los reformadores franceses. Las sensibilidades cambian a raíz de la seducción del marinero «patriota» Jones, que desembarca en Francia, o de la rústica bonhomía de Benjamin Franklin. El «bonachón» de Franklin también es el inventor del pararrayos, cuya introducción en Francia levanta pasiones e incluso ocasiona un proceso entre un propietario y sus vecinos, ya que estos últimos temen que el pararrayos colocado sobre la casa atraiga las tormentas. Ironías de la historia, entre los defensores del propietario destaca un joven abogado, Robespierre, que desempeña un gran papel en la victoria de la ciencia sobre la ignorancia. Y es que esa es la cuestión, resumida en una fórmula que circula por los salones: Franklin «arranca el rayo a los dioses y el cetro a la tiranía». En la década de 1780, la ciencia, la Ilustración y la política están sumamente entremezcladas. Los franceses se imaginan un país poblado por «buenos salvajes»; ni siquiera la reina se escapó a la

americananía y lleva peinados y sombreros inspirados en episodios de la guerra. Esa visión es reforzada, por ejemplo, por las *Cartas de un granjero americano*, publicadas en 1784 por un normando emigrado a los Estados Unidos, acreditado como cónsul de Francia. Las consecuencias de la Revolución Americana en las colonias francesas de las Antillas aún son más determinantes. Los contactos comerciales y el contrabando que los acompaña cambian la sociedad de Santo Domingo, al dar a los colonos motivos de resistencia al control de la metrópolis. También afecta directamente a los hombres libres de color, ya que proporcionan soldados, así como a los criollos blancos, que son enviados a luchar a Savannah junto con los «insurgentes». La experiencia que adquieren allí permite a una parte de ellos desempeñar un papel crucial en los acontecimientos que sobrevendrán en la isla.

LAS REVOLUCIONES ABORTADAS: LONDRES E IRLANDA

Las consecuencias de los acontecimientos americanos son inmediatas, pero complejas, como atestiguan los ejemplos dispares de los movimientos de revuelta ingleses e irlandeses. Inglaterra sigue siendo ilustre por su Gloriosa Revolución, la de 1688, y en Francia suscita ideas muy diversas, todas ellas marcadas por el espíritu de la reforma. Algunos, como el duque de Orleans, creen que triunfa en todos los ámbitos, desde el parlamentarismo hasta la cría de sementales; otros, como el publicista francés Mandar, consideran que expresa la tradición republicana, encarnada por el pensador inglés Harrington o el poeta inglés Milton; por último, otros, como Mirabeau o Brissot, copian los movimientos que reclaman la abolición de la trata de negros. No obstante, en la década de 1780, Francia sufre una crisis grave a raíz del fracaso de las reformas políticas, después de las tribulaciones provocadas por los movimientos populares.

El diputado Wilkes, que no retrocede ante ninguna provocación, ni siquiera ante la familia real, se convierte en lord y alcalde de Londres en 1772, tras una estancia en Francia para evitar ser encarcelado. Aunque sea favorable a los «insurgentes» americanos, como otros políticos *whigs*, entre ellos Burke —que más tarde será un contrarrevolucionario irreductible—, no se implica en una acción política revolucionaria, pues el clima cambia radicalmente. Basta con que un lord, Gordon, inicie una campaña contra la flexibilización del estatuto de los católicos en el país para que en Londres se desencadene un motín popular, que ha pasado a la posteridad como «Gordon Riots». Durante varios días de junio de 1780, el centro de la ciudad es devastado por incendios de casas de católicos, pero también de ricos londinenses. Las fuerzas armadas restablecen el orden a costa de más de trescientos muertos. ¿Cómo calificar esos motines? ¿Son católicos o sociales? El debate no está zanjado por parte de los historiadores, que a menudo los consideran

prefiguraciones de las jornadas revolucionarias francesas por venir. A continuación, el gobierno inglés adopta una política represiva contra todos los movimientos de emancipación, mientras que los militantes asociativos moderados, temiendo ser desbordados, dudan a la hora de protestar. En cambio, los grupos de militantes políticos, en su mayoría artesanos, reclaman, especialmente en Yorkshire, la instauración del sufragio masculino y del voto secreto, así como elecciones anuales al Parlamento. El radicalismo nace en la confluencia de las corrientes que discuten la trata de negros, que laicizan el derecho natural y debaten sobre la separación de los poderes y la soberanía, antes de interesarse siquiera por los acontecimientos franceses. El vínculo no es directo, ya que en Inglaterra la noción misma de revolución no designa más que una vuelta al orden, es decir, un conservadurismo político, alejado de la aventura en la que se embarcará Francia. No obstante, en Francia se ha adaptado una cultura política «republicana», nacida tras la ejecución del rey Carlos I en 1649, especialmente a través de las primeras publicaciones militantes de Marat. Ello explica que los acontecimientos franceses obtengan a partir de entonces un eco considerable en Inglaterra, pese a que el gobierno de Pitt lleva a cabo una represión continua de los partidarios de la Revolución Francesa, hasta tal punto que el primer ministro inglés será acusado unos años más tarde de gobernar para el terror.

El contagio revolucionario llegó a Inglaterra a través de Irlanda. La isla, sometida a los ingleses, a partir de 1778 fue el blanco de una incursión en Belfast lanzada por el corsario americano John Paul Jones. Para prevenirse contra los riesgos de la guerra y un eventual desembarco de tropas francesas, el gobierno inglés recluta voluntarios irlandeses a fin de remplazar a los soldados que se habían marchado a combatir a los «insurgentes». En esa tropa formada por numerosos efectivos —entre ochenta mil y cien mil voluntarios en 1782—, con católicos y protestantes, nace el alboroto político. Sin llegar a cuestionar la lealtad a la corona inglesa, se discuten los vínculos de dependencia y los parlamentarios irlandeses reclaman la igualdad respecto al Parlamento inglés, así como la libertad en el comercio. Tras un boicot a las mercancías inglesas, en 1780 se logra la libertad, pero el movimiento perdura y encuentra expresión en la declaración de independencia del diputado Grattan, representante del partido nacional, en el Parlamento, el 16 de abril de 1782. Un compromiso, que recibe el nombre de «Constitución de 1782», reconoce el Parlamento irlandés como el equivalente del Parlamento escocés. Sin embargo, el lord teniente que representa al rey inglés en la isla no pierde su poder; entretanto, surgen las divisiones entre los patriotas, cosa que debilita sus reivindicaciones. La mayoría de parlamentarios irlandeses se muestran hostiles a cualquier reforma, y una parte de los demócratas acepta la unión política con los católicos. En esas condiciones, Grattan es conducido a posiciones cada vez más moderadas. Más tarde, las consecuencias de la Revolución Francesa complicarán los fallos nacidos en ese momento.

EL FRACASO BÁTAVO Y BELGA

El fracaso de la moda de la Revolución Americana en las Provincias Unidas y las provincias belgas —o «bélgicas»— es más grave aún. El 3 de octubre de 1780, en las Provincias Unidas, la *Gazette de Leyde* publica por primera vez en Europa la Constitución de Massachusetts. En contra del *stathouder*, favorable a Inglaterra, los ricos mercaderes y las élites políticas, especialmente los regentes de Ámsterdam, se ponen de parte de los Estados Unidos, por principios y para aprovechar la liberación del comercio marítimo. El embargo de buques neerlandeses por parte de la flota inglesa indigna a una parte de la opinión pública, sensibilizada ya por los periódicos respaldados por los americanos. Entre los «patriotas» que se declaran entonces en contra de la autoridad del *stathouder* y contra «la aristocracia» —esa es la palabra empleada en la época— de los regentes, destaca Joan Dirk van der Capellen tot den Poll, que en 1781 hace un llamamiento «al pueblo neerlandés». Paralelamente, reclama el derecho a la felicidad, la vuelta a las libertades de 1572 y la organización de milicias municipales, siguiendo el ejemplo de los Estados Unidos y Suiza. Esa mezcla de revoluciones —una revolución inspirada en el pasado, a la vez que dirigida a un futuro desconocido— arraiga en el espíritu de la época. Encuentra un eco mitigado y complicado. En un juego a tres, que anuncia lo que sucederá más tarde en Francia, el partido de los patriotas, sobre todo urbano, nada entre dos aguas. Se opone a los regentes, poco favorables a la conmoción que debilitaría su posición, así como a los partidarios del *stathouder*, defensores de la casa de Orange, todos ellos de extracción rural o urbana pobre, hostiles a las clases medias y acomodadas entre las que se reclutan a los patriotas. Entre los que uno estaría tentado de considerar contrarrevolucionarios *avant la lettre*, destaca la figura de Kaat Mossel, notoria agitadora popular que encabeza manifestaciones que saquean las casas de los patriotas.

Con una fuerza creciente, los conflictos se extienden como manchas de aceite de una ciudad a otra. Las comunidades patrióticas publican periódicos y se enfrentan a los vecinos que siguen siendo partidarios de la casa de Orange; organizan milicias, abiertas a los católicos, que se suman a una revolución que les otorga la ciudadanía. Esa extensión progresiva de la lucha entraña una revisión de los objetivos. La humillante paz impuesta por la Inglaterra victoriosa en el mar añade motivos de descontento, sumados al hecho de la pérdida de las colonias, cosa que supone una pérdida de riqueza. No solo se protesta contra el *stathouder*, sino que se reclama una Constitución ¡e incluso se evoca la idea de una república democrática basada en ciudadanos educados! Así, nace una cultura democrática, con emblemas, insignias y héroes sacados del pasado republicano. Desde luego, la mayor originalidad de ese movimiento es su anclaje local, que provoca un sinfín de pequeñas revoluciones locales, según un modelo parecido a lo que sucedió en los Estados

Unidos y muy distinto al modelo centralizado característico de Francia a partir de 1793. La unión entre patriotas de 1785 conduce a conflictos abiertos, que provocan la muerte de un hombre.

En 1786, los patriotas parecen vencer en el centro del país, pese a carecer de un programa colectivo y de mantenerse a costa de complejos equilibrios. La situación da un vuelco con la intervención de los países vecinos: el *stat-houder* cuenta con el apoyo de su cuñado, el rey de Prusia, y los patriotas, con el apoyo de Francia. De pronto, todo se radicaliza cuando las fuerzas armadas orangistas se apoderan militarmente de dos pequeñas ciudades, al mismo tiempo que la esposa del *stathouder*, que es prusiana, es confinada en régimen de arresto domiciliario por los patriotas. Desde luego, el gesto, que recuerda a lo que sucederá en 1791 en Varennes, es duro, pero al mismo tiempo respetuoso. No obstante, resulta inaceptable para los soberanos europeos, ¡salvo Luis XVI!, que está de parte de los patriotas. Los prusianos, encabezados por el duque de Brunswick, al que encontraremos cinco años más tarde en guerra contra Francia, entran en las Provincias Unidas y persiguen con brutalidad a los patriotas, que, en su mayoría, no se alzan para defender su revolución. Sus casas son saqueadas y, sin duda, en torno a cuarenta mil se exilian en las provincias belgas y sobre todo en Francia, donde forman comunidades cerca de Saint-Omer. La presencia entre ellos de ricos banqueros es una de las razones que conducen al rey de Francia, incapaz de apoyarlos contra Prusia, a autorizar el culto protestante en su país. En una confusión de lo más habitual, ya que ningún cuerpo teórico ha unificado jamás a esos patriotas, están tan unidos a Mirabeau como a La Fayette o Brissot, e incluso reciben el apoyo, también financiero, de la mujer del marqués de Champcenetz, gobernador de las Tullerías. De origen neerlandés, esta última fue rival de Du Barry durante un tiempo, ¡y más tarde será agente del conde de Artois! Los patriotas se denominan «bátavos» para recordar los tiempos heroicos de la resistencia de sus antepasados contra los romanos de la Antigüedad, reforzando así la mitología republicana inspirada en la Antigüedad. Los mitos siguen desempeñando su papel.

Desde luego, la relación entre esta revolución y la Revolución Francesa no es simple. Aferrados al lugar de la religión y acostumbrados a buscar compromisos, los neerlandeses están muy lejos de los filósofos franceses, pero bastante cerca del *Aufklärung* alemán, al reconocer las formas de rebelión inspiradas por el cristianismo. En eso se distinguen de las corrientes mayoritarias de la «Revolución Atlántica», al conservar las dimensiones nacionales y morales de las tradiciones de su país, en especial sus prácticas electivas y la independencia local frente a cualquier poder centralizado. Es significativa la importancia concedida a las milicias urbanas tradicionales. Sin embargo, es al pasar por alto esas características perdurables que la experiencia «bátava» se convierte en una causa mundial entre las corrientes reformistas y cosmopolitas de la época, entre las cuales el alemán Cloots,

futura figura cosmopolita de la Revolución Francesa, desempeña ya un papel. En esa perspectiva internacional, cabe señalar, como divertimento, ¡la primera manifestación de una población extranjera contra la embajada americana de La Haya, acusada por los orangistas de haber apoyado a los patriotas vencidos! Mirabeau, cuyo famoso «estudio» nació con algunos refugiados, a los que se sumaron otros patriotas excluidos de Ginebra, publica un panfleto titulado *A los bátavos sobre el Stathouderado*, que es un manifiesto contra los ministros franceses. Hace un llamamiento a luchar, incluso con las armas, contra el despotismo, y glorifica el derecho de todo pueblo a obtener su libertad. Sin embargo, la derrota de los bátavos empieza a percibirse en Francia como un fracaso que conviene meditar y evitar. En la época, existe un profundo malentendido entre franceses y holandeses, que, después de 1795, aflorará cuando los primeros quieran imponer su modo de resolución de los conflictos a los segundos —sin duda, todavía perdura, dos siglos más tarde, en la historiografía francesa—. Esta subestima la importante participación de los Países Bajos en la cultura revolucionaria de la época y no tiene en cuenta la costumbre de las transacciones, muy anclada en la vida política, que ha permitido que la violencia política no adquiriera la magnitud que tuvo en Francia, un país sumamente centralizado y jerarquizado, así como intolerante a las disidencias.

Cuando al mismo tiempo las provincias «bélgicas», pertenecientes al imperio de Austria, se vuelcan en la oposición a las reformas de José II, son objeto de un desdén parecido. Emperador autoritario, centralizador y modernizador, José II procede a una secularización de esas provincias. Suprime los conventos que considera inútiles, pone las bodas y los entierros bajo el control del Estado y menoscaba la autonomía de las administraciones y las instituciones judiciales locales. El alza de los precios que sobreviene al mismo tiempo provoca el descontento contra el «despotismo» del emperador. La oposición alía a los partidarios de un *statu quo* con los que desean un cambio político más radical. Tras las manifestaciones en las calles y las iglesias, los oponentes, que se reconocen por las escarapelas de colores, consiguen al principio la retirada de las medidas, pero el 17 de diciembre de 1787 son derrotados en el transcurso de un enfrentamiento con la tropa. Los cabecillas se exilian en los Países Bajos o Francia, donde forman una asociación secreta, llamada Pro Aris et Focis, a fin de preparar un nuevo alzamiento.

¿REVOLUCIONES SIN EL PUEBLO? GINEBRA Y VARSOVIA

Estos ejemplos, muy conocidos, suelen citarse como parte de la Revolución Atlántica, pero es preciso no aislarlos de las revoluciones imperfectas, encabezadas en nombre de un pueblo verdaderamente inencontrable, pero también de los despotismos ilustrados, esas revoluciones desde arriba que

atestiguan la búsqueda, corriente en la cultura de la época, de nuevos equilibrios en las relaciones de fuerza que no permiten que las aspiraciones «populares» se hagan oír.

Con todo, la reflexión de los franceses se alimentó mucho del fracaso genovés que provocó asimismo la creación de una colonia de patriotas exiliados en Francia, donde estuvieron activos. En 1782, la parte de la burguesía de la ciudad de Génova, los «nativos», a favor de la apertura de los consejos de gobierno a los ciudadanos dotados de poderes incompletos, logra tomar el poder contra la parte del patriciado que rechaza cualquier cambio y, por esta razón, recibe el nombre de los «negativos». Sin embargo, la armonía entre «burgueses» —la categoría más elevada en la jerarquía social— y los «nativos» no es absoluta. Además, los «habitantes», es decir, los genoveses aceptados en la ciudad pero despojados de derechos, esperan a su vez las ventajas que todos los demás se resisten a concederles. Mientras que todos los bandos invocan la virtud de la república de Génova y la necesaria unidad del pueblo, especialmente para repartir los impuestos, dos días de motines ponen a los «representantes», partidarios de la representación de los «nativos», a la cabeza de la República, antes de que se cree una comisión de seguridad para castigar a los «traidores». En ese clima, las rivalidades entre «burgueses» y «nativos» debilitan a los vencedores, víctimas, además, de una verdadera cruzada europea.

Como Génova era una ciudad-Estado situada en el corazón de Europa, las grandes potencias vecinas no podían soportar un desequilibrio local que pudiera arruinar sus ententes dinásticas y sus equilibrios financieros. En efecto, la ciudad sobresale en el arte de las invenciones financieras que permite hacer préstamos a los soberanos europeos, empezando por la monarquía francesa. En junio, los franceses, los sardos y los berneses intervienen para devolver al patriarcado «negativo» su papel, mientras que una parte de los vencidos, entre ellos el rico banquero Clavière, se exilian en Francia. Peligroso demócrata en su ciudad, antes de ser considerado moderado porque es amigo de Brissot, Clavière ocupa un lugar importante en las nuevas redes de «patriotas» y especuladores. Al margen de sus actividades especulativas, encarna la corriente que considera las relaciones comerciales como condiciones de felicidad política. Las libertades civiles y económicas son esenciales en un régimen cuyo modelo es la república; este pensamiento inspirará la corriente «girondina», que se enfrentará a los conflictos sociales nacidos en el transcurso de la Revolución Francesa.

Siguiendo una vía parecida a la de los genoveses, los polacos se inventan una revolución nacional y popular que también servirá de modelo y de contrapunto a los franceses, al mismo tiempo que numerosos «patriotas» abandonan Polonia para participar, como todos los demás «patriotas», en la gran oleada revolucionaria. En mayo de 1791, Polonia es el segundo país del mundo en dotarse de una Constitución, después de los Estados Unidos y

Francia, pero aun así apenas llama la atención de la historiografía ligada a la Revolución Francesa. En la década de 1780, el reino de Polonia no existe más que en función de un complicado equilibrio entre Rusia, Prusia y Austria, que juegan con las divisiones entre los nobles polacos. Desde el reparto sobrevenido en 1772 y la consiguiente reducción del territorio, el país, que de hecho está bajo la autoridad de Rusia, se embarca en unas reformas inspiradas por la Ilustración europea. En 1773, la Comisión de Educación Nacional, que en Varsovia se basa en manuales escritos por Dupont de Nemours o Condillac, propone una ambiciosa refundición de la enseñanza. El eco de los debates y los acontecimientos sobrevenidos en Polonia alcanza a toda Europa, y a Francia de pleno. En 1770, Jean-Jacques Rousseau redacta las *Consideraciones sobre el gobierno de Polonia*,* obra en la que reflexiona, al igual que respecto a Córcega en el mismo momento, sobre las condiciones de la renovación de la patria. Con su obra *Del gobierno y las leyes de Polonia*, Mably se inscribe en la perspectiva de una monarquía constitucional hereditaria, mientras que Voltaire, sensible al poder de la zarina, es hostil a la autonomía del país. En el género novelístico, Polonia sirve de escenario de las *Aventuras del joven conde Potowski*, de Marat, libro que sigue inédito, así como del *best-seller* del futuro girondino Louvet de Couvray, *Los amores del caballero de Faublas*. La historia polaca marca a Francia; desde luego, menos que la de los Estados Unidos, pero, de todos modos, proporciona un marco de experiencias políticas y filosóficas.

En 1787, la guerra entre Rusia y el Imperio Otomano permite a los «reformadores» polacos, ayudados por Prusia, proclamar la Constitución del 3 de mayo de 1791, avalada por el rey. La promulgación, que es más un anuncio de reformas que un verdadero sistema, suscita expectativas entre los nobles liberales y una parte de la población que se radicaliza. En cambio, la nobleza hostil no se da por vencida. Aprovechando el viraje de 1792, corroe los poderes reales, mientras que Rusia y Prusia vuelven a repartirse Polonia. Los radicales y el generalísimo Kosciuszko lanzan una «insurrección nacional» en las ciudades de Vilna (hoy Vilnius) y Varsovia. Se sigue a los radicales, que asocian posiciones políticas, especialmente la abolición de la servidumbre, a expectativas milenaristas, sobre todo cuando se acumulan las dificultades militares. En mayo de 1794, en Varsovia, controlada por los radicales, se ejecuta a cuatro nobles, una brutalidad calculada que evita que se agraven los disturbios populares. Las derrotas de octubre de 1794 marcan el fin de la insurrección. En 1795, Polonia ya no existe. Los líderes exiliados, especialmente en Francia, se dividen en organizaciones rivales, mientras que los militantes, dispersos, se alistan en los ejércitos enviados a Italia en 1796,

* Existe una edición en castellano: Jean-Jacques Rousseau, *Proyecto de constitución para Córcega. Consideraciones sobre el gobierno de Polonia*, Tecnos, Madrid, 1989. (N. de la t.)

y una parte de ellos se marcha a Santo Domingo. La revolución fue un momento en un movimiento más basado en principios de reforma que en reivindicaciones verdaderamente políticas defendidas por las masas.

LAS REVOLUCIONES DESDE ARRIBA: LA EUROPA DE LOS DÉSPOTAS ILUSTRADOS

Apoyada en esa corriente de reformas, pero sin las masas, es decir, en contra de ellas, el «despotismo ilustrado» encabeza la «revolución desde arriba», que se inspira manifiestamente en la Ilustración. En Europa, donde la opinión pública no está lo bastante organizada para intervenir directamente en los debates y las orientaciones políticas, la creación voluntarista del Estado moderno suele desencadenar, en contrapartida, reacciones imprevistas y violentas, que ponen en juego fuerzas antagónicas que reivindican una aceleración de los cambios o, por el contrario, la vuelta a los equilibrios tradicionales. Todo ello pone en marcha hostilidades contra el Estado cuyas formas no son muy distintas de las que se van a experimentar en Francia entre 1789 y 1799. En España, la modernización de las costumbres, en especial de la ropa, impuesta por el gobierno provoca virulentas oposiciones. En Dinamarca, la llegada al poder del reformador Struensee, entre 1770 y 1772, conmociona el reino. Plebeyo, Struensee accede al poder tras hacerse amante de la reina, ilustrando así las colusiones habituales entre la alcoba y los gabinetes ministeriales. Partidario de una racionalización autoritaria, Struensee liberaliza la circulación de los cereales, abre las escuelas e impone la tolerancia religiosa, pero su liberalismo y su relación con la reina acarrearán su caída. La nobleza local lleva a cabo una revolución en el palacio, juzga y hace ejecutar a Struensee de una manera que en Europa se considera escandalosa. Una vez decapitado Struensee, su cuerpo es desmembrado y cuarteado, y cada parte se envía a diferentes regiones. No obstante, sus reformas siguen vigentes.

En la vecina Suecia, en agosto de 1772, el rey Gustavo III, con el apoyo financiero de Francia, realiza un golpe de Estado contra las asambleas nobiliarias que detentaban el poder. Instauration autoritariamente una monarquía «modernizada», liberada de las luchas políticas de las asambleas suecas, apoyándose en el ejército, los reformadores y el pueblo. En tanto que «demócrata coronado», consigue lo que el embajador francés Vergennes calificó de «revolución», extasiado ante un éxito logrado sin derramar ni una sola gota de sangre. Entre 1788 y 1789, se impone la abolición de la servidumbre a los grandes propietarios, obligados a ceder ante la amenaza de que se revele la magnitud de sus privilegios, mientras que el acta de unión y de seguridad concede a todos los suecos la igualdad de derechos. Gustavo III, admirador de Francia y francófilo convencido, se inventa el estilo «gustaviano» al reno-

var los gustos estéticos de la corte según los cánones de una austeridad modernizadora. La ironía de la historia querrá, por una parte, que a partir de 1790 Gustavo III se ponga a la cabeza de la cruzada contrarrevolucionaria y que en 1791 trate de hacer salir de Francia a la pareja real, y, por otra parte, que el 16 de marzo de 1792 sea asesinado por su propia nobleza, contraria a su absolutismo.

La corriente del despotismo ilustrado, escrutada de cerca por los franceses «ilustrados», todos ellos de acuerdo con la necesidad de reformar y de recurrir al Estado para imponer las novaciones inspiradas en la Ilustración, es ilustrada de forma ejemplar por el rey de Prusia, Federico II, así como por el propio hermano de María Antonieta, José II, emperador de Austria. Heredero de una tradición familiar sujeta al servicio del Estado, profundamente convencido de sus deberes y lleno de sentimientos humanos, el emperador también abriga un pesimismo filosófico que lo empuja a reformar autoritariamente una humanidad incapaz de alcanzar el bien por sí sola. En 1775, las revueltas campesinas de Bohemia llevan a la corte, empezando por María Teresa, a suprimir la corvea y la servidumbre. La emperatriz no lo logra, pero consigue que la revuelta no llegue a extremos irremediables e inspira las medidas que adopta su hijo. Entre 1775 y 1781, siguiendo los consejos de los validos racionalistas y marcados por la Ilustración, José II reemplaza la servidumbre por un sistema de corveas en Bohemia, limita la censura e instaura la tolerancia religiosa a favor de los no católicos, hasta tal punto que recorta la autoridad de la Iglesia católica en todas las tierras que están bajo su poder directo, entre ellas las provincias belgas. Se confiscan los bienes de los monasterios de órdenes contemplativas, se ponen los seminarios bajo tutela, y los obispos ya no pueden comunicarse directamente con el papa. El matrimonio ya no se considera un vínculo estrictamente religioso, sino también un contrato social. Todas las tentativas del papa por limitar esas medidas fracasan, y el papa cede ante el emperador. La Constitución civil del clero no será muy diferente en Francia, unos años más tarde, salvo en una cuestión: la dependencia de una parte de la Iglesia con respecto al papa, ¡ya que este último se considera un soberano italiano al que deben reprimir los austríacos!

Mientras que María Teresa recelaba de la Ilustración y mantenía una política fundada en valores cristianos de solidaridad, que la acercaba al universo mental de gran parte de sus súbditos, José, fascinado por Prusia, desea llevar a cabo reformas racionalmente. Como en Francia más adelante, las reformas, pese a ser esperadas, a menudo con impaciencia, por poblaciones descontentas e informadas de una manera u otra de las mutaciones contemporáneas, se aplican mal o se eluden, y suscitan temores y revueltas, por razones a menudo contradictorias. En Bohemia, en Hungría y en Transilvania, en 1784, y sobre todo en Bélgica, estallan disturbios contra los que hay que mandar tropas. Durante un tiempo, el hermano de José, Leopoldo, gran duque de la Toscana, comparte con él la orientación política definida siguiendo

el racionalismo y el centralismo heredados de la Ilustración, combinados con reformas humanitarias. Leopoldo es uno de los primeros soberanos en abolir la pena de muerte en sus Estados, donde protege el pensamiento científico y técnico. Mientras prepara una Constitución cercana a la de los Estados americanos, en 1790, tras la muerte de José II, Leopoldo debe abandonar la Toscana para convertirse en emperador de Austria. Modifica entonces sus posiciones, sin ceder, no obstante, al papa ni a las pretensiones nobiliarias. Su itinerario explica a la vez por qué los emigrantes franceses no recibirán apoyo alguno por su parte, y por qué aprueba la política reformadora de Luis XVI y María Antonieta, su hermana. Reprime, cabe pensar lógicamente, los movimientos contestatarios en Bélgica y el obispado de Lieja, restableciendo el orden imperial en 1790. El emperador se encuentra así enfrentado a los notables, los curas y los gremios, todos ellos preocupados por conservar sus privilegios, pese a sentirse investidos de la defensa de las libertades hasta el punto de llamarse «republicanos» y de fomentar una «revolución» sumamente conservadora.

En este panorama incompleto se imponen tres conclusiones. La primera es la necesidad de volver a considerar los juicios que se atribuyen de forma impropia al «despotismo», que, contrariamente a lo que los revolucionarios franceses van a asegurar más tarde, no es comparable a la «tiranía». José II practica un «despotismo de la virtud» cuyas formas no están tan alejadas de las que pondrá en práctica más adelante el Comité de Salvación Pública. La segunda conclusión es la necesidad de comprender que la nobleza de todos los países europeos se hallaba entre la espada y la pared. Criticada a menudo tanto por los representantes del Estado como por las clases medias, e instalada en una posición «reaccionaria», no obstante fue el escudo del Estado tradicional cuando las clases populares se rebelaron rechazando las reformas que debían aportarles la felicidad. Y es que —tercera observación— las reformas impuestas a los pueblos en nombre del progreso, la humanidad o la racionalidad raramente alcanzaron sus objetivos, y la mayoría de las veces provocaron reacciones violentas, reprimidas por la fuerza. Las revoluciones, pues, generan tantos rechazos a la modernización como programas verdaderamente innovadores. Conviene no olvidar todas estas realidades para apreciar la situación francesa, cuya especificidad, que es propiamente el objeto del presente libro, habrá que elucidar.

¿UNA ÉPOCA DE REVUELTAS? RUSIA

Por último, este panorama debe tener en cuenta las revueltas que también participan del mismo fondo cultural. La unidad del mundo, aunque no fuera la que conocemos hoy en día, existe desde hace varios siglos, y las mutaciones de las sensibilidades afectan a todo el globo. De Rusia a Perú, se produ-

cen revueltas cuyos mecanismos se asemejan a los de Francia entre 1789 y 1799, y que desembocan en la primera revolución negra del mundo, la independencia de la colonia de Santo Domingo, convertida en Haití.

La Rusia de Catalina II, zarina ilustrada, tirana más que déspota, encarna el prototipo extremo de los soberanos que trabajan sobre «la piel humana», como le dice ella misma a Diderot. A partir de 1773 se enfrenta a una revuelta nacida en el seno de los cosacos y los disidentes religiosos, influidos por rumores, que rechazan un agravamiento de la servidumbre. Una espera milenarista colectiva empuja a la población en busca de salvadores que se alíen con pretendidos zares, tras el asesinato de Pedro III. Entre los pretendientes, se impone Pugachov, que encabeza el alzamiento de decenas de miles de campesinos y cosacos ávidos de justicia. Se apodera de las grandes ciudades y controla el Volga durante un año, pero como depende de frágiles alianzas y de ejércitos inestables e indisciplinados, acaba siendo capturado y ejecutado con saña en público en enero de 1775. La represión posterior añade entre veinte y treinta mil muertos a las veinte mil víctimas de la insurrección, reforzando así la servidumbre y la autoridad de la zarina. Entre 1783 y 1785, esta impulsa reformas importantes para mejorar la educación, permitir la libre circulación de cereales y secularizar los bienes de la Iglesia. Como las condiciones de los campesinos no cambian, en 1789 una oleada de revueltas sacude Volinia, pero es reprimida con la misma energía. Esa revuelta «moderna» provoca nuevas clasificaciones políticas, que llevan a la zarina, amiga de los filósofos, a impulsar sumarse a la cruzada contrarrevolucionaria. Implica a su país en las guerras contra Francia, que prosiguen tras su muerte, sobrevinida en 1796.

Ese es el bagaje histórico de los hombres y las mujeres de finales del siglo XVIII. No es de extrañar, pues, que muchos, tras la convocatoria de los Estados Generales en Francia, y sobre todo después de la toma de la Bastilla, hablen de «la feliz revolución» que se desarrolla ante sus ojos. La sorpresa se debe al hecho de que suceda en el último país donde cabía esperarla, la Francia absolutista que había apoyado la revolución de Suecia y la de las colonias americanas, pero que había condenado la revolución genovesa; la Francia opuesta a Inglaterra a propósito de los americanos y los bátavos, pero aliada a Inglaterra respecto a las provincias belgas. Tan solo el choque del acontecimiento permitirá comprender cómo, a partir del ejemplo francés, nace una nueva teoría general sobre la «revolución», ya que todos los movimientos de liberación, de emancipación y de reformas se confrontan enseguida con la complejidad francesa, que sacará a la luz brutalmente sus límites. La perfectibilidad abanderada por las élites ya no será más que una ilusión. Significativamente, a partir de 1790, Leopoldo, duque de la Toscana y futuro emperador de Austria, así como José, su hermano y emperador, suspenden la abolición de la pena de muerte que habían introducido en sus Estados. Ilustran ese abandono de las ideas ligadas al «progreso» humano y

ese viraje hacia la «reacción» que limitan a la evolución francesa el término de «revolución».

De este relato de los acontecimientos que mezcla a propósito los hechos con las doctrinas, conviene sacar varias conclusiones. En primer lugar, que pese a que se imponga un modelo, no es preciso identificar la revolución con una única fuente de inspiración. La libertad republicana —la libertad de la Antigüedad—, que insiste en la soberanía popular dada a limitar los derechos individuales, se combina con la libertad «inglesa» de los modernos, ligada al poder nacional y al respeto de la independencia personal basada en la propiedad; además, se articula con ecos del debate sobre el pactismo y los movimientos reformadores impulsados por ciertos monarcas o su entorno. Así, pues, las revoluciones en Europa y América deben considerarse en el amplio intervalo que abarca desde la década de 1770 hasta los primeros decenios del siglo xx.

No se trata, pues, de negar cualquier interés por las «revoluciones atlánticas» de J. Godechot y R. Palmer, sino de inscribirlas en la totalidad de las experiencias políticas sobrevenidas en ese largo intervalo. Los intercambios de conceptos fueron tan importantes como las identificaciones de diferentes lugares con tipos doctrinarios, bajo el efecto de las conjunciones y las relaciones de fuerza. Recordemos que Canadá, pese a ser partidaria de un constitucionalismo cercano a las libertades modernas, rechazó seguir a los Estados Unidos, hasta tal punto que pasó por contrarrevolucionaria. Los países de América Latina experimentaron revoluciones efectivas tras el período de 1807 a 1810, cuando el vuelco napoleónico se sumó a las repercusiones de la Revolución Francesa en todo el mundo. Se produjeron entonces varias revoluciones escalonadas en el tiempo y repartidas en el espacio, todas ellas ancladas en un mismo debate colectivo, pero todas ellas singulares en su desarrollo. Esa voluntad de ligar las ideas a sus encarnaciones, incluso accidentales, deficientes o, por el contrario, manipuladoras, se encuentra en la base de la escritura de esta historia de la Revolución Francesa.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- BAILY, B., *To Begin the World Anew*, 2004.
BAKER, K. (dir.), *The Political Culture of the Old Regime*, 1897.
GERSHOY, L., *L'Europe des princes éclairés, 1763-1789*, 1966.
GODECHOT, J., *Les Révolutions, 1770-1799*, 1965 [existe una edición en castellano: *Las Revoluciones*, Labor, Barcelona, 1981].
GOLAY, E., *Quand le peuple devint roi*, 2001.
GREEN, J. P., y POLE, J. R. (dirs.), *A Companion to the American Revolution*, 2000.

HUET, M.-H., *Mourning Glory*, 2997.

KOSSELLECK, R., *Le Futur passé. Contribution à la sémantique des temps historiques*, 1990.

LESNODORSKI, B., *Les Jacobins polonais*, 1965.

MONNIER, R., *Républicanisme, patriotisme, Révolution française*, 2006.

PALMER, R., *The Age of the Democratic Revolution: A Political Revolution*, 1959-1964.

REY, A., *Révolution, histoire d'un mot*, 1988.

ROSENDAAL, J., *De Nederlandse Revolutie. Vrijheid, Volk en Vaderland, 1783-1799*, 2005.

SOREL, A., *L'Europe et la Révolution française*, tomo 1, 2003.